

DAVID STITCHKIN BRANOVER

L A T A R E A U R G E N T E D E L A
U N I V E R S I D A D

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL SEÑOR RECTOR DE LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION, DON DAVID STITCHKIN
BRANOVER, CON MOTIVO DEL CUADRAGESIMO ANI-
VERSARIO DE ESTE INSTITUTO, DIA 18 DE MAYO DE 1959

NO HACE MUCHOS AÑOS, el Instituto de Altos Estudios Económicos de Sankt Gallen invitó a diez hombres representativos de diversas disciplinas del conocimiento a una conferencia internacional, que se efectuó bajo la temática de "la crisis de nuestro tiempo"; intentaron la posibilidad de configurar en sus líneas básicas la visión del mundo que estaría surgiendo. Esos hombres, distinguidos, sabios y prudentes, coincidieron en que efectivamente vivimos una época de revisión de conceptos fundamentales, hasta ayer mirados como inmutablemente válidos, y de nuevas y audaces formulaciones en el campo de las ciencias exactas, naturales y sociales, que presentan bajo un nuevo prisma el contenido y la forma de las relaciones humanas.

Esa conclusión que está abonada por el prestigio de quienes la formularon, aparece en la conciencia de todos los que vivimos la hora presente, con la misma evidencia, la misma convicción, o por lo menos como el sentimiento fuerte y persistente de estar atravesando un período crítico de la historia. De consiguiente, la referencia a la conclusión que aquellos hombres expusieron con claridad, fundamento y precisión, sólo tiene el valor de referencia que confirma un pensamiento ya arraigado en nosotros a través de una larga experiencia y madura reflexión.

En la historia de la humanidad hay ciclos de calma o de tan lenta evolución, que la misión universitaria parece quedar circunscrita a las funciones primordiales de conservar y transmitir el conocimiento y la cultura elaborados por las generaciones precedentes, a modo de una herencia adquirida gratuitamente y respecto de la cual no cupiese otra actitud ni mayor responsabilidad que la de transferirla intacta a las generaciones venideras.

Substancialmente distinta es la condición de nuestro tiempo. La herencia recibida no puede ser aceptada integralmente. Es necesario depurarla de nor-

mas, valores y conceptos que correspondieron a una etapa ya sobrepasada, sea en razón del incesante laborar de las ciencias, que presentan el universo bajo una distinta significación, ya por el surgimiento de circunstancias nuevas que demandan un replanteamiento en el orden de la conducta y de las relaciones humanas. De aquí se sigue, en nuestro concepto, la tarea que la hora actual impone con urgencia a las universidades, en cuanto éstas deben contribuir al esclarecimiento de sucesos y fenómenos que muchas veces pugnan y se contradicen, y a sentar las bases para el estudio metódico, riguroso y objetivo, de las fórmulas de convivencia que deben inspirar la conducta del hombre en su posición individual, unitaria, ante el universo y en sus relaciones con la comunidad. Diríamos que muy de tarde en tarde se presenta para las universidades una misión de tan alta jerarquía, de tan trascendental importancia, de tan perentoria exigencia y tan directamente consubstancial a su íntima estructura. Pues las actividades que el hombre desarrolla fuera de los claustros universitarios están condicionadas por los accidentes y sucesos del diario acontecer, de modo que en cada campo de acción la visión es limitada, fragmentaria o perturbada por estados emocionales transitorios y cambiantes. En tanto que la función científica o especulativa que se cumple bajo los cielos libres y serenos de la Universidad, repugna toda interferencia a su misión intrínseca, rectamente dirigida a abrir los cauces que permitan la afloración de la verdad. Pues sólo la verdad que se alcanza a través de un largo y riguroso ejercicio es premisa valedera para la formulación de valores auténticos, y sólo los valores auténticos pueden dar satisfacción al anhelo común de un mundo mejor.

Bajo estas premisas cobran su más alto significado los lemas que dio a esta Universidad el Ilustre e Insigne Rector Honorario Vitalicio don Enrique Molina. Pues la misión que se nos impone sólo podrá ser lealmente cumplida manteniendo inmovible el postulado del desarrollo libre del espíritu. Y la verdad sólo será alcanzada mediante el esfuerzo mantenido con obstinación, no exento de dolor y sacrificio, de aquellos en cuyas manos están depositadas las esperanzas y la fe de los pueblos.

El concepto de crisis va comúnmente aparejado a la idea de decadencia. Y no son pocos los que, con ligereza, identifican ambos conceptos, provocando la confusa impresión de que el hombre habría agotado su potencia creadora y se hallaría a la deriva, sujeto a las contingencias ciegas e inciertas de fuerzas superiores a su voluntad. El hombre, urgido por el afán del cotidiano vivir, carece de tiempo para la reflexión; las normas de convivencia preestablecidas se demuestran insuficientes o inoperantes; la ausencia de un pensa-

miento cierto, que explique los fenómenos de hoy y configure la solución del mañana, torna peligrosa la estabilidad jurídica, económica y social de pueblos y naciones y hace temer, fundadamente, por la suerte del hombre. De este modo, la concepción tradicional de la función universitaria, ordinariamente circunscrita a la formación profesional y a la investigación científica, debe ser reactualizada y extenderse al concepto de instituto rector del pensamiento, no en el sentido limitado de imposición de una postura ideológica exclusiva y excluyente, sino en el de ofrecer un cuadro exacto y cabal del estado del conocimiento en todas las disciplinas científicas y sociales, que permita una confrontación con las formulaciones de ayer y las exigencias que los pueblos plantean en el mundo de hoy, determinantes, a su vez, de las que ya apuntan para el mundo de mañana.

La crisis de que se trata tiene su raíz, por tanto, en un fenómeno que por lo menos admite ser expuesto con cierta precisión: nos hallamos abocados a circunstancias nuevas, surgidas con tal rapidez que, confesémoslo, nos han cogido de sorpresa y nos fuerzan a elaborar con angustioso apremio, nuevas fórmulas de conducta y entendimiento, tarea que demanda el replanteamiento previo de nuestra posición con arreglo a las premisas impuestas por esas nuevas circunstancias.

Hasta hace poco, la historia de la humanidad estaba configurada por el nacimiento, auge y extinción de culturas autónomas, dado que la falta de comunicación de los grupos sociales impedía la transferencia y asimilación de las concepciones fundamentales en que descansaba cada ciclo cultural. Así, pudo florecer y agotarse la cultura egipcia, la griega o la romana, sin que el proceso general de la humanidad sufriera en su marcha progresiva. Y si bien es cierto que estas culturas lograron una expansión, una influencia en el proceso general de la cultura universal, no lo es menos que la lentitud del proceso permitió la incorporación tranquila de los nuevos valores que cada una aportaba. Si nos remitimos a nuestra particular experiencia, observaremos que en el estudio de la historia, siempre tuvimos la sensación de que durante el desarrollo de un ciclo histórico-cultural, como el egipcio o el helénico, el resto del mundo parecía detenido o inexistente. Y en verdad era así, no porque paralelamente al desarrollo de un determinado ciclo hubiese estado realmente detenido el proceso histórico-cultural de otros pueblos, sino porque cada uno de esos ciclos se desarrollaba en un cuadro autónomo y, por lo mismo, no interferido por los otros.

Hace apenas cincuenta años, lapso más breve que la vida de un hombre, surgió el primer intento de dominar el espacio. En la Primera Guerra Mun-

dial, la aviación aparentemente ya desarrollada, aparecía, sin embargo, como recurso bélico de secundaria importancia. En 1939, la Segunda Guerra Mundial se desarrolla sobre la base de la supremacía aérea que algunos países creyeron tener respecto de otros. Sólo el año antepasado, fue lanzado el primer proyectil interplanetario. Con la misma rapidez vertiginosa, la aviación comercial se convierte en el medio ordinario de transporte. Y observamos, de improviso, que en el breve lapso de nuestra generación, todo aislamiento ha desaparecido y una red ágil e inmensa cubre la superficie de la tierra, se extiende más allá de nuestro mundo y somete a todos los hombres a una convivencia no buscada, cada día más estrecha e íntima, que a ratos se nos ofrece con los atractivos de una promesa feliz y a ratos bajo la amenaza de un conflicto inevitable. Las diversas y distintas culturas, que hasta hace cincuenta años pudieron desarrollarse separadamente, de pronto se hallan violentamente sometidas a una coexistencia que no se ofrece sino que se impone. Y los hombres, los pueblos y las naciones deben asimilar forzosamente conceptos, conductas y actitudes extrañas a su propio proceso cultural. El mundo se unifica. Como ha dicho Toynbee, el más singular fenómeno de nuestro tiempo es que el mundo respira por un solo pulmón. La humanidad pierde la faz multicolor de sus variadas culturas para adquirir una sola tonalidad, que deberá producirse a través de la fusión de elementos comunes, y éstos habrán de ser la piedra angular de la nueva estructura. La tolerancia ha dejado de ser una virtud pasiva y debe transformarse en una postura activa de asimilación de pensamientos y conceptos extraños a cada mundo particular, contrarios en muchos casos a nuestras tradiciones, hábitos y costumbres. Pues ya no se trata, como antes, de un conocimiento meramente intelectual, de la representación ideal de otras comunidades organizadas de distinta manera que la nuestra, sino de la necesidad de participar en la tarea vital de una convivencia forzada, que sólo puede dar sus frutos si descansa en postulados comunes, aunque con la necesaria universalidad y validez para permitir que se manifiesten en cada pueblo o grupo social bajo una expresión diferente y adecuada a su idiosincrasia y su sentir. He aquí, sin duda, la más significativa de las nuevas circunstancias que se imponen al hombre de hoy, colocándole en la dura y a la vez apasionante tarea de reexaminar las normas de convivencia que fueron válidas hasta ayer, mas hoy resultan inadecuadas o insuficientes. Los poetas, con la misteriosa intuición que emana del genio, lo previeron antes que la realidad se impusiera con tanta fuerza. Dijo John Donne: "Ningún hombre es en sí equiparable a una isla; todo hombre es un pedazo del Continente, una parte de Tierra Firme; si el Mar

llevara lejos un Terrón, Europa perdería como si fuera un Promontorio... como si se llevaran una Casa Solariega de tus amigos o a la tuya propia. La Muerte de cualquier hombre me disminuye, porque soy una parte de la Humanidad. Por eso no quieras saber nunca por quién doblan las campanas; ¡están doblando por ti...!" Señaló así la comunión del destino de los hombres. Pero esa intuición, bellamente expresada, no podía prever que aquella comunión de destinos se manifestaría con la dramática urgencia que apremia al mundo de hoy.

Inquieta profundamente a nuestro tiempo el fenómeno de la tecnología. Se le mira con una confusa mezcla de orgullo y temor. Pues, por una parte, el hombre se siente orgulloso de su poder inventivo, y, por otra, temeroso de los resultados de un maquinismo que ya no obedece a sus objetivos iniciales. Al construir las primeras máquinas el hombre creyó que le conducirían a la liberación. El apotegma bíblico: "ganarás el pan con el sudor de tu frente", parecía haber sido eludido. Mas ahora resulta que la maquinaria se burla del hombre y éste, que se creyó ser el amo, ha venido a parar en servidor.

¿Qué ha sucedido? Que el proceso del progreso tecnológico descansa en postulados propios y obedece a leyes independientes, que no pocas veces se apartan y aun contradicen los objetivos iniciales e inmediatos que se propuso alcanzar. Si quisiéramos reducir esas leyes a una sola palabra, diríamos que la palabra es "más". Más alto, más lejos, más rápido, más grande: una inmensa multiplicación de nuevos bienes. Y en esta carrera desatada por el siempre "más", nadie parece haberse detenido a examinar si realmente queremos ese nuevo objetivo; si el hombre, por sí y para sí, quiere esa progresión incontenible del proceso tecnológico; se mira como un axioma que, cosa curiosa, nadie ha propuesto y todos aceptan, el tener que ir siempre tras ese "más", ídolo que enloquece, y a cuyos pies se consume el rigor de la inteligencia y no pocas veces el de la vida. En apariencia, por lo menos, el hombre es impulsado aquí por un oscuro instinto, tan poderoso, pero a la vez tan ciego como el que rige el mundo de los insectos; la voluntad aplicada a un querer, fruto de la reflexión y el entendimiento, parece estar desplazada por esa extraña fuerza que dormía en la conciencia de los hombres y hoy despierta con avasalladora violencia.

En una vieja fábula se cuenta la leyenda del hechicero poseedor de un molinillo mágico que producía sal. Un traficante se apoderó del molinillo, lo ocultó en su barco y se lanzó a la mar. Allí dijo la palabra clave que lo puso en marcha, pero olvidó la que lo detenía. Y así vino en hundirse barco,

mercader y molinillo, el cual sigue girando locamente y ha convertido en saladas las aguas de los mares, hasta entonces transparentes y dulces.

Así, también, el hombre de hoy recela de una técnica que amenaza sobrepasar la satisfacción de sus necesidades previsibles y que, como en la vieja fábula, pudiera terminar por destruirle.

La pugna de las naciones en la búsqueda de mercados, presenta hoy una significación diferente a la meramente mercantilista que revestía en los siglos anteriores. Pues, la expansión de mercados de consumo de productos elaborados surge como necesidad apremiante de un proceso tecnológico que, como la ingenua historia del molinillo, no puede ser detenido ni aun cuando amenace ahogarnos en la riqueza de bienes que sobrepasan nuestra capacidad de absorción.

No es accidente casual la creación del mercado común europeo, que hemos visto nacer antes de ayer, ni es actitud meramente imitativa la que está viendo la creación de un mercado común americano. De las economías nacionales hemos pasado a la etapa de las economías regionales, ya en vigencia, y no es aventurado pensar que está próxima la de las economías continentales y que el paso último habrá de ser el de una economía mundial.

La suma de las dos circunstancias que se imponen al hombre de hoy y lo fuerzan a encarar la búsqueda de nuevas bases de convivencia, podría reducir la problemática a una sola expresión: nuestra generación vislumbra el comienzo de una era cuya característica básica es la unidad cultural, económica y social, de un mundo que hasta ayer estaba fragmentado en procesos históricos, económicos y culturales independientes y en distintas fases de evolución. La síntesis de estos procesos en una sola fórmula que abarque, comprenda y unifique los diversos estadios en que los ha sorprendido el encuentro, es la tarea que nos ha tocado en suerte cumplir.

Aqueílas circunstancias, desmañadamente bosquejadas, han contribuido a que surja otra de igual magnitud: el despertar de los pueblos. Ya no es menester defender el principio de la igualdad de los hombres, pues está definitivamente incorporado a la conciencia colectiva. Y así ocurre que cuando es vulnerado en cualquier lugar de la tierra, por apartado que pareciera, el mundo entero se alza para defenderlo. Esta concepción, que indudablemente representa uno de los progresos más notables de la historia de la humanidad, está exigiendo hoy día una expresión concreta en todos los órdenes de la existencia. Aceptado el principio, ha llegado el momento en que se exige su realización práctica. Los pueblos, mirados como entes colectivos, reclaman el derecho a su autodeterminación. Así se alzó ayer la India; así se alzan

los pueblos de Africa; así desaparecen las potencias coloniales. En el orden individual ocurre otro tanto y los hombres reclaman la adecuada distribución de los bienes de consumo necesarios para un mínimo nivel común de bienestar material; el libre acceso a los medios de conocimiento, de cultura, de preparación profesional y técnica. No hace tantos años que se dictó en nuestro país la ley de Enseñanza Primaria Obligatoria. Esto es, se imponía a los padres, bajo sanción, la obligación de proporcionar a sus hijos instrucción elemental. En un breve período la actitud de nuestro pueblo ha variado substancialmente. Y hoy en día esos padres, que ayer eran compelidos a cuidar de la instrucción elemental de sus hijos, han transformado la obligación en un derecho, cuyo ejercicio reclaman en comicios públicos, demandando más colegios, más profesores, más educación para sus hijos. El Estado no da abasto para satisfacer esta apetencia de cultura, ni la Universidad para atender la demanda de postulantes. Y lo que ocurre en Chile es la expresión particular de un fenómeno común a todos los pueblos de la tierra.

He aquí otra nueva circunstancia que conduce necesariamente a la búsqueda de una adecuada solución, que no es de orden simplemente material ni se satisface con más edificios y más profesores. Pues esos niños y esos jóvenes que golpean ansiosos las puertas de escuelas, liceos y universidades, reclaman, en seguida, con la misma fuerza, un lugar en la sociedad donde desarrollar su propia y particular individualidad, donde aplicar sus conocimientos y su imaginación, donde contribuir con su inteligencia y su espíritu al progreso de una comunidad con la que se sienten identificados.

Ciertamente no es ésta la primera vez que en razón de haber sobrevenido nuevas "circunstancias", el hombre se encuentra abocado a la necesidad de revisar sus concepciones fundamentales y de acomodar su conducta a factores sobrevinientes. En el ciclo de conferencias del Instituto de Altos Estudios Económicos de Sankt Gallen, que mencionaba al comienzo, se recordaba a Notker, que también vio su tiempo como el final de una era y escribía a uno de sus discípulos, expresándose así: "Querido amigo mío, que has nacido al término de una época" . . . Pero a diferencia de Notker y su tiempo, el nuestro ve urgida su tarea por una situación que no se había producido todavía en la historia de la humanidad: la rapidez vertiginosa con que se han desarrollado los acontecimientos, a tal extremo que sin exagerar podríamos decir que todos ellos han sucedido en el curso de una generación. Hace apenas 50 años, el mundo parecía calmo y tranquilo, satisfecho y confiado, con una organización estable y adecuada, en tanto que hoy aparece inestable, insatisfecho y angustiado.

Este planteamiento advierte de inmediato la urgente necesidad, no diré de abocarse a la tarea sino de estar ya en ella, de analizar, con visión universal y superior, las circunstancias que se levantan ante el hombre de nuestro tiempo y esbozar las premisas fundamentales de una organización adecuada, estable y justa. Apropiándonos de lo que expresó el Dr. Vittorino Veronesse al asumir la Dirección General de la UNESCO, diríamos que "el destino de una organización como la nuestra consiste en actuar sin desentenderse de las múltiples exigencias de un mundo nuevo. Y sería vano y estéril deplorarlo. Tales exigencias son inherentes a las circunstancias actuales, por lo que hay que tomarlas en cuenta y evaluarlas con lucidez, pero avanzando siempre, sin sacrificarlas jamás. No es función de la Universidad suprimir la complejidad de lo real. Por el contrario, le corresponde abarcar esas complejidades e impulsar esas fuerzas opuestas entre sí, en un movimiento común hacia el logro de objetivos superiores a tales oposiciones".

Las grandes revoluciones que conoce la historia han obedecido más a la fuerza impulsora de los hombres que lograron auscultar y precisar el naciente pensamiento de una época, que a los pueblos que materialmente se levantaron en armas y derramaron la sangre de los suyos. Toca hoy a las universidades conocer y analizar los nuevos elementos, las nuevas circunstancias, que conducen y determinan la voluntad de los hombres y de los pueblos, para señalar cuál es o cuáles son los nuevos caminos que deben recorrer en pos del logro de los surgentes ideales y la satisfacción de las nuevas necesidades. Y por su alta jerarquía y su limpia objetividad, ellas pueden y deben ser las mentoras de los pueblos, elaborando los nuevos postulados en feliz coordinación con los estadios valederos y permanentes de nuestra cultura, de modo que la evolución se produzca en una marcha ascendente, sin sacrificios estériles ni regresiones inútiles y peligrosas.

Esta Universidad, compenetrada de la modestia de sus recursos y consiguientemente de las graves limitaciones de sus posibilidades, tiene a la vez clara conciencia de que el pasado debe mirarse sólo como la base firme y sólida de su acción futura y que, por lo mismo, faltaría a su deber para con la comunidad —y en esta expresión comprendemos a la sociedad humana— si girase vanamente en torno de proposiciones y formulaciones ya ganadas, en lugar de afirmarse en ellas para contribuir, aunque fuera en mínima parte, a la búsqueda de la nueva ecuación en que ha de sostenerse la conducta de los hombres y los pueblos.

Queda así explicado el afán que ha movido a las autoridades universitarias en su propósito de darse una organización docente que responda a las exi-

gencias y demandas de nuestro tiempo, organización que ha perseguido simplemente coordinar las perennes necesidades de la docencia y la investigación, de tal manera que en lugar de actividades autónomas, sean y resulten la expresión de un trabajo común, las diversas fases de una misma acción a la vez formadora y creadora. Nunca hemos pretendido que nuestro sistema es creación novedosa y exclusiva de esta Universidad, ni que las fórmulas propuestas son valederas en la misma medida para otros institutos de enseñanza superior. Por el contrario, entendemos que cada Instituto o Universidad ha encontrado o encontrará las fórmulas que convienen a su estructura y a sus propósitos. Y si nos complacemos en la organización que nos hemos dado, es sólo en razón de que nos parece adecuada a nuestros medios, consecuente con los postulados básicos de los fundadores de la Universidad y conducente a la misión que en nuestro concepto, ésta debe cumplir dentro de la lealtad que debe a su función consubstancial.

Me he detenido en estas reflexiones, porque con ellas he querido dar respuesta, también, a una demanda que constantemente es formulada por los estudiantes universitarios. En efecto, en repetidas oportunidades los de esta Casa han planteado la interrogante de cuál es la respuesta que da la Universidad a la inquietud insistente, aunque imprecisa, que los anima al llegar a ella. Esperan, y lo dicen con éstas o con otras palabras, que la Universidad les proporcione la fórmula válida para determinar su conducta en toda circunstancia. Algo así como la piedra filosofal de los alquimistas, que les permitiría transformar en oro cualquier metal. No existe esa fórmula, ni ha existido jamás. Cada ciclo cultural se ha dado sus propias fórmulas, que han florecido en la conciencia de los pueblos durante ciertos períodos y le han dado su fisonomía histórica y social. Fórmulas generales, por lo demás, que han inspirado el pensamiento filosófico, y han acusado su existencia en las artes y las ciencias de cada época, aunque permitiendo, naturalmente, el florecimiento de individualidades que, a su vez, han sido precursoras de las fórmulas valederas de las épocas siguientes.

Respecto de los estudiantes, la misión de la Universidad es entregarles la suma del conocimiento recogido y guiarles en los caminos que conducen a la suma del saber. El estudiante tiene así, en sus manos y ante sus ojos, los elementos necesarios para la formación de su propio juicio, de modo que añadiendo su personal esfuerzo, su propia investigación, su particular experiencia vital, pueda determinar libremente su conducta individual y social. En este aspecto, la Universidad actúa con el máximo celo, de modo que el conocimiento impartido no aparezca limitado ni deformado por prejuicios, exclu-

siones ni preferencias, por cuanto la elección final, a la postre, debe quedar entregada a la personalidad de cada uno, personalidad que la Universidad respeta y fortalece. Mas conviene recordar siempre que aquélla no consiste en la acumulación del saber adquirido a través de la docencia, impartida en lecciones teóricas o en ejercicios prácticos. Hay y debe haber en cada hombre una propia experiencia vital, que es, por su naturaleza, intransferible. De donde se sigue que ese fruto precioso que el estudiante pretende recibir de inmediato, extendiendo simplemente sus manos abiertas, sólo se logra a través de un lento proceso que se gesta en el seno de la conciencia, crisol donde se funden las experiencias vitales de nuestras íntimas vivencias, los valores del saber, la luz del pensamiento y el signo perenne de las artes, que en su afán de belleza señalan, configuran y determinan el alto destino que el hombre está llamado a cumplir.

La cultura, elemento integrante de una personalidad auténtica, sólo se adquiere pues a través de vivencias directas. De aquí que la preocupación y el énfasis que la Universidad pone en las actividades artísticas obedecen a una voluntad afirmada en el arraigado convencimiento de que la formación integral del estudiante exige su presencia y participación en todas las manifestaciones del arte y el pensamiento, para que así surjan sus propias y directas vivencias, sus propios cotejos y la evaluación de sus reacciones anímicas, intelectuales y emocionales.

Pero debe saber el estudiante que esta acción integral de la Universidad corresponde sólo a la mitad del camino. La otra mitad debe recorrerla él en una actitud de insaciable inquietud, despierta ante cada manifestación del arte y del pensamiento, pues en tanto aquélla cumple su misión, entregando el rico tesoro de la cultura y del saber humanos, éste debe cumplir la suya forjando con sus manos, su mente y su conciencia, la elaborada joya de una nueva conquista que enriquezca su acervo cultural o científico y, consiguientemente, el acervo común de la humanidad.

Un sistema que descansa en hábitos, costumbres y tradiciones, en cierto modo inherentes a nuestra idiosincrasia, y que acompaña al niño desde la infancia, ha formado en nosotros seres naturalmente inclinados a la indolencia. El pequeño mundo del hogar doméstico y más tarde, la escuela y el liceo, están atentos a las necesidades del niño y del adolescente, a quien se trata y mira como debilísima planta de conservatorio, incapaz de resolver por sí solo las contingencias simples del diario vivir. Este sistema se refleja, sin responsabilidad actual del adolescente, en su conducta ordinaria y se expresa concretamente en aquella pregunta que insistentemente formula a la Uni-

versidad de qué es lo que ésta hará para resolver su problema vital, dejando tácitamente establecido que debe existir una fórmula que él recibirá ya preparada y en cuya elaboración no ha tenido ni ha de corresponderle participación alguna. He aquí una actitud que el estudiante debe examinar, procurando reaccionar —y no se me oculta que la tarea es ingrata— ante un sentimiento opuesto a la idea del esfuerzo que es imperativo realizar como condición básica para la formación de toda personalidad.

En la compleja y difícil tarea de concurrir a la formación de la personalidad integral del estudiante, así como en la enorme responsabilidad de la Universidad de contribuir a la formulación de los principios básicos en que ha de descansar el orden filosófico, económico, jurídico y social del futuro, hay, sin embargo, islas de luz que orientan y dirigen nuestro pensamiento y pueden servir de pauta a los estudiantes en lo que a ellos toca.

Por una parte, el solo hecho de tener una conciencia clara de que el mundo afronta nuevas circunstancias y que éstas pueden modificar de manera importante los sistemas de vida que han regido hasta hoy, es ya un progreso notable y un buen principio. En esta premisa nos acompañan los más brillantes pensadores y científicos de nuestro tiempo, y el mismo Dr. Vittorino Veronesse, en el discurso que antes mencionaba, no eludió la responsabilidad fundamental que asumía al iniciar su elevada misión, cuando expresó: "Las civilizaciones cambian de forma. Nuestra época es, sin duda, el alba de una de esas grandes transformaciones históricas. Pero es muy probable que el cambio de que será testigo el siglo XX tendrá la dimensión del planeta. Es indudable que será el siglo de una colaboración internacional más completa, más fecunda y más necesaria que en el pasado." Y en igual sentido, aunque bajo diferentes formas, se expresan Gebser, Brod, Hatlab y Bense.

Por otra parte, también servirá de guía saber que la tarea ha de emprenderse honestamente, y que del mismo modo que Descartes elaboró su sistema, rechazando las formulaciones de su tiempo para recomenzar el ciclo del pensamiento con la premisa inicial de "Pienso, luego existo", nosotros habremos de poner bajo duda metódica las fórmulas heredadas, para sólo tomar aquellas que soporten el examen, y desechar las que resulten inoperantes o desacordes con las exigencias e imperativos de los tiempos que se inician.

La validez del examen descansa esencialmente en la honestidad de pensamiento y conducta con que se afronte, pues la pesada tarea de nuestra generación consiste en despojarse de toda pasión y de todo prejuicio, de modo que seamos jueces ponderadores en lugar de abogados de causas ajenas al solo propósito de ir en búsqueda de la verdad y al encuentro de un mundo mejor.

También deberá recordarse constantemente que el principio y fin de nuestro empeño es el hombre y no las cosas que el hombre ha creado. Que es su progreso y bienestar moral y material lo que en definitiva se busca, de modo que habrá que rechazar por inadecuada y falsa cualquiera formulación que signifique una regresión en el penoso y dolorido progreso que en tal sentido se ha logrado hasta hoy. Ese progreso consiste fundamentalmente en la conquista de la libertad y ésta, que admite diversas manifestaciones en variados aspectos, puede ser expresada de una manera sencilla como la facultad que se reconoce a todo hombre de gobernar el interior de su alma y de su conciencia con arreglo a su exclusivo, propio y personal convencimiento del significado que atribuye al universo que lo rodea y a la posición que consecuentemente quisiera asumir.

Para las universidades no hay edad biológica. El tiempo recorrido, breve o largo, apenas si cuenta como acumulación de experiencias, pero poco o nada incide en el valor de su acción presente. La nuestra lleva apenas cuarenta años corridos, y la fuerza de su acción descansa en los hombres que la sirven, entregados a ella con el fervor de un apostolado, y con la serenidad que emana de la cabal comprensión de la tarea que toca cumplir. No hay orgullo ni vanidad; tampoco apocamiento ni vacilaciones. Los hombres de esta Casa estamos, simplemente, dispuestos a servir, con entrega total de nuestro esfuerzo, guiados por la voluntad de contribuir al bien común, depurándonos, día a día, en un libre examen de nuestra conducta, de modo que el conocimiento y la cultura que ponemos a disposición de la juventud no estén contaminados por conceptos extraños a la alta misión que nos está asignada. Este es el homenaje que rendimos a los fundadores de esta Casa, a los hombres que la sirvieron y a nuestra Patria, que le ha confiado la parte mejor de su riqueza: la juventud que se educa en su seno.